

mos, y notó algún movimiento por la ventana se sentó, se puso sus botas y en camisa comenzó á pasearse, á rezar en latín unos salmos de David y á acercarse á la ventana con mucho disimulo. El centinela le decía que se acostara, porque el cólera estaba haciendo muchos estragos.

« Cuando Don Marcos me conoció me dijo, hablándome en latín, que era muy peligroso hablar; que procurara poner en sus manos un lápiz y un pedazo de papel. Dos noches después volví, y entonces le llevé lápiz y papel, y además un papel escrito por mí diciéndole lo que me parecía más importante. »... (Mem.)

Nada en vano para la lucha futura! Ese bregar contra el muro — esa acrobacia rampante — ese agazapamiento vientre á tierra, al borde del alero — esa familiarización con el abismo — ese espionaje de los espiones, con el oído alerta al menor paso, el ojo al menor movimiento del soldado faccionario,.... fué el aprendizaje del joven Porfirio en sus excursiones nocturnas á la Torrecilla del viejo convento.

Llegará la Intervención francesa; el joven, hecho hombre, General de División, caerá prisionero en el Colegio Carolino de Puebla... « Ó salgo de aquí ó mi destino militar y político se rompe! » Es la voz del instinto que le exige la evasión inmediata. Entonces se acordará de sus escaladas con Félix... y el que escaló Santo Domingo, escalará el *Carolino* (1).

(1) Véase *La Evasión del Carolino* (Libro X, Capítulo II).

CAPÍTULO III

CÓMO « SE LANZÓ »

I

UN PLEBISCITO.

Entre tanto, Benito Juárez, desterrado, habiendo pasado de la Habana á Nueva Orleans, se unía á otros liberales, hermanos de proscripción, que desde allí empezaron á fomentar el movimiento revolucionario acaudillado en el Estado de Guerrero por Dn. Juan Álvarez, Comonfort y otros jefes. Entrar en las peripecias de esa lucha reñidísima que se prolongó hasta 1856, no corresponde al plan de este libro; sólo mencionaremos el célebre incidente que marcó el *punto crítico* en la vida del estudiante Díaz.

Á fines de 1854 hubo en la pelea una interrupción que parecía hacerse en favor de Santa Anna y su ejército victorioso en más de un encuentro. El dictador

aprovechó de la ocasión para expedir su invitación á un « plebiscito » interrogando á la « Nación » si debía prolongar su poder discrecional.

II

SEGÚN UN FRANCÉS.

Nada mejor se ha escrito para dar la nota exacta sobre el estado del espíritu *nacional* de entonces que lo que publicó Vigneaux, filibustero de la desgraciada expedición sonorensis Raousset-Boulbon. Hecho prisionero en Guaymas, Ernest Vigneaux, secretario y soldado del fusilado aventurero francés Raousset, primero en calidad de prisionero de guerra, luego en libertad, recorrió gran parte de la República Mexicana. Casi se hizo mexicano por necesidad, según su propio dicho (*j'ai hanté le peuple mexicain, j'ai été peuple avec lui et je connais ses plaies...*). Lo cual le sirvió para hacer editar en 1863 un libro sobre México, en que la narración dramática del pirata se combina con finas observaciones de turista (1).

Á propósito del plebiscito santannesco cuya *mise en scène* le tocó presenciar, dice entre otras cosas :

El 10 de Diciembre de ese año (1854) fué marcado por un acontecimiento memorable. El mandato dictatorial de Santa-

(1) *Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique par Ernest Vigneaux.*
— Paris, 1863.

Anna expiraba, y el pueblo mexicano había sido invitado algunas semanas antes, por circular oficial, á dar ese día su opinión sobre las cuestiones siguientes, por medio del voto universal :

« 1º El actual Presidente de la República ¿ debe continuar en el poder supremo con las mismas amplias facultades de que hoy está investido ?

2º En caso de que no deba continuar ejerciendo las mismas amplias facultades ¿ á quién debe entregar inmediatamente el mando ? »

« Manera tan jesuítica como insolente de decir á un pueblo : si no soy dictador, no quiero ser nada.... Pero Santa-Anna tenía en la mano su buen ejército compuesto de mexicanos y pagado por mexicanos..... Ese ejército fué puesto en pie de guerra..... Yo he visto las maniobras de corrupción y de intimidación; he visto distribuir á las tropas cartuchos, sueldos atrasados; pero ningún *meeting* en que se discutiese lo que había que hacer en tan graves coyunturas. Ningún candidato hizo su profesión de fé, nadie dió muestras de aspirar á esa sucesión que no estaba abierta.... Había que aceptar ó insurreccionarse... Se esperó á que llegase el 10 de Diciembre con una indiferencia apática.

« La votación tuvo lugar y todo pasó muy bien; nada de ruido, nada de esos desórdenes que señalan las elecciones entre los yanquis (1); ni un puñetazo, ni un grito, ni un insulto, ni una recriminación política! Las almas caritativas que piden paz aquí abajo para los hombres de buena voluntad tuvieron ese día un gran triunfo en México. Se habían suprimido las cédulas y las urnas, método embarazante, y se les había reemplazado por grandes registros en blanco. Al frente de una página había un SI; en la opuesta un NO. Por supuesto que

(1) Antes de venir á México, Vigneaux había vivido en los Estados Unidos donde había visto verdaderas elecciones; de allí esa comparación punzante. (Nota del autor.)

todos podían aproximarse *libremente* (1), y con la misma *libertad* firmar en una ó en otra página... Muchos se abstuvieron. Sin embargo, los soldados votaron obligatoriamente por mano de sus coroneles, los monjes por mano de sus priores, los indios de los pueblos por las de sus curas, los peones ó siervos de las haciendas por las de sus amos... Sólo á algunos que ambicionaban la palma del martirio se les ocurrió manchar con sus nombres la blancura inmaculada de la página negativa. Estos, fueron sacados de su domicilio á la noche siguiente, por soldados. Internados en las provincias del Sur fueron incorporados, en calidad de voluntarios, en regimientos de disciplina donde se les inculcaron los principios de la obediencia pasiva. El 2 de Diciembre del año de gracia de 1854 Dn. Antonio López de Santa-Anna se levantó más dictador que nunca.

« Acababa yo de asistir á una manifestación del sufragio universal. ¿ Era posible? Yo sabia bien que Santa-Anna no tenia en su favor más que el partido clerical y el ejército; y el sufragio universal acababa de mantenerlo en el poder contra la voluntad de la inmensa mayoría de la nación! El dilema era éste: ó el pueblo mexicano en masa estaba demente, ó yo habia perdido la razón! Ni lo uno ni lo otro... Se trataba de una mistificación, una mogiganga política de los gobernantes, ridícula para los gobernados, vergonzosa para los unos y los otros, la maquinación perversa del adulterio haciendo intervenir activamente al marido en la comedia que representa para poseer á la mujer. México en ese momento me pareció estar haciendo el papel de cornudo apaleado y contento. »

De paso en Guadalajara fué donde Vigneaux presentó la *votación*. Pero sus observaciones pueden igualmente referirse á Oaxaca donde el hecho se reprodujo con ligeras variantes.

(1) Según la circular de Santa-Anna, la votación debía hacerse con *absoluta libertad*. (Nota del autor.)

III

UN « LATIGAZO MORAL ».

El 1º de diciembre 1854, desde temprano, dos batallones, un regimiento y una batería se formaron en la plaza principal de Oaxaca.

El nombre de *casilla electoral* no había entrado todavía en el lenguaje de nuestros pujos democráticos, y el local preparado para la función plebiscitaria se llamó « centro de votación ». Se situó en el portal de Palacio y consistió en un dosel de felpa roja, cortinajes de lo mismo, sillones y sillas para el personal dirigente, y una gran mesa...

Esa mesa, echada, por decirlo así, en el camino del estudiante Díaz, se alzó como un escollo en que su carrera tenía que romperse ó desviarse. Véase cómo Bancroft refiere el episodio... : « Cuando se vieron los fraudes cometidos en la votación, y con tanto descaro que se faltaba no sólo á la buena fé sino hasta á la decencia, el joven patriota ya no pudo soportarlo. « ¿ Hasta cuándo nos hemos de someter á esta clase de tiranía? » exclamó al dirigirse solo á la mesa en que estaba la lista negativa para poner su firma... »

Este relato es fácil de forjarse, está hecho mecánicamente, conforme á una idea banal de la situación y del hombre. Cualquier novelista encargado de detallar el suceso, lo haría poco más ó menos así. Pero esa vero-

similitud de novela americana no está de acuerdo ni con el hecho mismo ni con la complejión moral del sujeto. La mesa de votación estaba presidida por la primera autoridad sub-dictatorial de Oaxaca, un *fac-totum* de Santa-Anna que respondía al pomposo llamado de General Martínez de Pinillos.

La herencia española del Mediodía empujaba ciertamente á Porfirio á un acto como el de entrar brusca-mente, ir derecho á la mesa y votar en contra. Pero su porción de sangre mixteca le mandaba cautela y el valor reflexivo proveniente de la ascendencia asturiana le hacía ver al rededor antes de tomar un partido. La Fisiología del alma reconocería en ese *complexus* « fuerzas inhibitorias ó de contención... » Sabía á lo que se exponía en una manifestación contra Santa-Anna, sabía que su carrera jurídica, con tanto afán proseguida, se cortaría, que vendrían la prisión, la deportación probablemente á lugares malsanos, y con ella quizá la muerte...

Estaban llegando multitud de gentes á votar : algunos raros estudiantes de « provecho » é irresistible « sentido práctico » para votar por el que manda ; hombres de « peso », hacendados, tenderos, trayendo incluso en su voto los de sus peones ó dependientes ; clérigos multiplicados por sus hijos de confesión, etc. Porfirio observaba esa corriente de hombres que uniformemente iban tomando la pluma y escribiendo el nombre del General Santa-Anna sobre el propio nombre calzado de rúbrica, en el libro abierto del « SÍ ».

Algunos empleados llegaban en cuerpo con su manojó de votos afirmativos. El cuerpo de Profesores del agonizante Instituto hizo su aparición bajo la presidencia del director Doctor Don Juan Bolaños. Distinguíase en este cuerpo por su fervoroso santannismo el profesor de Derecho Civil Lic. Francisco S. de Enciso, quien, después de votar, se instaló dignamente cerca de la mesa.

Varios circunstantes se apercibieron del estudiante que no votaba, en simple actitud de observación, á distancia respetuosa de la mesa. — « Y Ud. no vota ? » le dijo de repente el Licenciado Enciso ; á lo cual Porfirio saltó con una respuesta de colegial leguleyo que poco antes había endilgado al mismo Pinillos : « El voto no es obligación ; es un derecho... Yo no lo ejerzo. »

Entre los votantes que siguieron, hubo un pobre zapatero, especie de policía secreto, de apellido Maldonado, que manifestó traer unos treinta votos santannistas correspondientes al vecindario de SU MANZANA. — « Que de ese número se quite una unidad », dijo Porfirio ; « porque soy vecino de una casa de esa manzana y no voto ». — « ¿ Y por qué no vota Ud. ? » le interpeló de nuevo el pertinaz Enciso ; « ¿ es que tiene miedo ? »

Ese « ¿ tiene miedo ? » dirigido á un joven de 24 años, organizado para la lucha, tenía que ser recibido como un *latigazo moral* (*coup de fouet moral*, de los franceses).

El libro de la *negativa* estaba cerrado y tenía encima tintero y pluma. Porfirio puso el tintero sobre la mesa, tomó la pluma y abrió el libro.

— « Cuidado joven! » dijo en tono medio protector, medio amenazante, el General Martínez de Pinillos; nadie ha escrito todavía en ese libro... » Sin responder una palabra Porfirio escribió en la primera página blanca « GENERAL DN. JUAN ÁLVAREZ », y firmó (1).

Después de él, hubo un prosélito de su audacia que también firmó contra Santa-Anna. Era un joven tan obscuro que no nos ha sido fácil descubrir su nombre medio borrado en la memoria de los viejos oaxaqueños.

(1) En sus *Memorias* se habla del incidente con leves modificaciones: — « Estaba yo supliendo la cátedra de Derecho Natural cuando el Director del Instituto que lo era el Dr. Don Juan Bolaños citó á todos los catedráticos para ir á votar en cuerpo el 1.º de diciembre de 1854. Me rehusé á concurrir, pero teniendo esperanzas de que durante la votación, hubiera algun escándalo que motivase alzamiento en armas... asistí al Portal del Palacio en donde se estaba recibiendo la votación — El jefe de la demarcación donde yo vivía, Don Serapio Maldonado, se presentó diciendo que votaba por la permanencia en la dictadura del general Santa-Anna por tantos individuos varones que eran vecinos de su demarcación, y entonces supliqué á la mesa que descontara un voto de ese número, porque yo no quería ejercer el derecho de votar. El general Martínez de Pinillos consultó el caso con el Lic. Don Manuel Pasos que era su Secretario, quien le manifestó que el votar era un derecho que tenía cada uno, pero no obligación, en virtud de lo cual Pinillos mandó que se descontara mi voto. »

« En seguida llegó el cuerpo académico del Instituto y todos los catedráticos votaron en favor del general Santa-Anna y pusieron sus respectivas firmas. Cuando terminó ese acto, el Lic. Don Francisco S. de Enciso, que era catedrático de Derecho Civil me preguntó si, al fin, no votaba yo. Contesté en los mismos términos en que me había excusado con el general Pinillos; esto es, que éste era un derecho que libremente podía ó no ejercerse. — « Si; me replicó Enciso, y uno no vota cuando tiene miedo. » Este reproche me hizo tomar la pluma que se me había ofrecido, me abrí paso entre los concurrentes y puse mi voto para la Presidencia en favor del general Don Juan Álvarez que figuraba como jefe de la Revolución de Ayutla.... Después de haber votado decidieron que había yo cometido un delito. » (*Mem.*).

Se sabe, sí, que fué aprehendido el mismo día y echado á las filas de un batallón volante para « hacerle cambiar de temperamento ».

IV

LA PRIMERA SALIDA.

El estado psíquico de un joven valiente que acaba de *osar*, ha sido analizado por el maestro psicólogo Stendhal. Hay primero una reacción de recogimiento que semeja el miedo; pero no es más que la actitud *en guardia* del valor. Tal era la situación de Porfirio cuando — sentado en un banco de la Alameda de Oaxaca, en compañía de un su amigo, poco después de la escena de votación antes descrita — pasó cerca de ellos el mismo zapatero Maldonado que había llevado los treinta votos del vecindario... El zapatero se detuvo un momento para comunicar á Porfirio que estaba dictada la orden de prisión en su contra y en la del otro disidente y que ambos serían aprehendidos en la misma noche.

Entonces se operó en el estudiante ese movimiento de resolución desesperada que Stendhal ha pintado en Julián Sorel (1) cuando tras larga fluctuación dolorosa escala la ventana de su amada. Después... *vingt hommes se fussent présentés que les attaquer seul en cet instant n'eût été qu'un plaisir de plus.*

(1) De Stendhal. *Le Rouge et le Noir.*

La diferencia está en que el movimiento pasional de Porfirio no se dirigía á ningún ideal femenino ; era un vago automatismo de defensa pronto á tornarse en agresión salvaje. Va al despacho de Dn. Marcos Pérez, y contando con la anuencia de este su maestro y protector (salido de prisión y confinado á Tehuacán) se apodera de sus dos pistolas ; luego, á hurtadillas de su madre, hace sacar de su casa sus propias pistolas, su machete (su viejo machete de pseudo-auxiliar) y un caballo comprado hacía pooo con sus primeras economías... (1). En esto, se le presenta un ranchero, de esos

(1) El joven perseguido ha detallado en estos términos la persecución policiaca de que fué objeto : — « Se dió á la policia orden de aprehenderme. Estaba yo en la Alameda con Flavio Maldonado cuando nos dijo Serapio Maldonado, que era agente de policia, que tenia orden de aprehenderme y que la misma orden se habia dado á otros muchos, y siguió su camino para que no le vieran cerca de nosotros. »

« Entonces, me fui á la casa de Don Marcos Pérez quien habia sido desterrado á Tehuacan, á sacar unas pistolas por estar muy cerca de la ma.... Me llevé dos pistolas chicas de Don Marcos y me fui en seguida para mi casa. Al pasar por la calle de Manero, estaba en la puerta de la tienda el joven dependiente Pardo, quien me hizo una seña para que viera á Marcos Salinas, uno de los policias, quien venia en pos de mi y á riesgo de comprometer á Pardo, dije en voz alta : « vengo á ver si me encuentran. »

« Con este motivo Salinas no creyó prudente arrestarme, sino que siguió toda la calle y al torcer corrió en busca de otros policias que le ayudaran á hacer la aprehensión, y yo aproveché de esos movimientos para desaparecer de aquel lugar, corri toda la cuadra y otra contigua y me metí en la casa de Flavio Maldonado, condiscipulo y amigo mio.... A poco llegó Anacleto Montiel que era jefe de la policia, saludó en voz alta y preguntó por mi, á lo que se le contestó, para que no sospechara que me encontraba allí : « que no estaba yo en la casa, pero que regularmente iba á esa hora, que no tardaría yo en llegar y que podía esperar un poco. »

« Se estableció la policia en la esquina de la calle en donde estaba la casa de Maldonado, y otra partida en la puerta de mi casa ; pero ya yo

que abundaban en aquel tiempo, más listo para *lanzarse á la revolución* que el *Don Jacobo* de Facundo (1). Se llamaba Esteban Aragón. Porfirio le conocía, sabía que era un hombre atroz, antiguo bandido, enjuiciado más de una vez por robo y escapado últimamente del fusilamiento que debió sufrir en unión de varios cómplices ejecutados. Pero ¿ había tiempo de elegir compañero?... No se trataba más que de aprovecharlo como hombre decidido que podía servir también de *peón de estribo*.

« ¿ Tienes caballo ? » — No tengo, respondió Esteban ; pero deme armas, y tendré caballo ». Porfirio le provee de machete... El bandido se va á la margen del Atoyac ; escoge uno de los caballos soltados á bañar por un mozo ; muestra á éste su machete con ademán amenazador, monta en el animal y se lo lleva.

Al pardear la tarde de ese mismo día (2 de diciembre de 1854) los dos jinetes salían de Oaxaca por el lado Sur. Llegados á un punto llamado el *Chichicastlar*, con una tiendecita del mismo nombre, flanqueada por cerca de chichicastle (ortiga) les cerró el paso una ronda policiaca (de la *secreta*, vulgo *cuicos*...) La biografía de Bancroft, plagada de cuentos, habla de un *centinela* que marcó el « alto ahí ! » y prosigue el autor : « antes

habia hecho traer mis armas y mi caballo, que mi mozo sacó de mi casa suponiendo que lo llevaba al agua al rio de Atoyac, y luego en un canasto de basura y bien tapadas, sacó mi silla, pistolas, espadas, y salió como á tirar la basura. » (*Mem.*)

(1) Personaje de *La linterna Mágica*, tom. II y III, por José T. Cuellar. (Facundo.)

que el soldado pudiera hacer ó decir más, vió que la muerte le miraba á la cara en la forma de dos cañones de pistola y cuatro ojos amenazadores que con efecto mágico le hicieron callar. » Otro biógrafo, también extranjero y también mal informado (Southworth) habla de « un tiro disparado contra Porfirio por un centinela. »

Ni hubo tal centinela, ni tiro alguno, ni Porfirio sacó á relucir sus pistolas; algunos machetazos y bruscas arremetidas con los caballos bastaron para vencer al grupo... que se acogió en la tiendecita del Chichicallár... ¿ Primer combate? Lo fué apenas, si combate hay sin sangre alguna. Pero un muchacho de veinte y cuatro años que ve ceder á una patrulla de hombres hechos, en servicio de armas, adquiere la conciencia de su fuerza. De allí en adelante atravesará los grupos oaxaqueños como un *superior* (1).

(1) Sin embargo, es interesante hacer observar que el general Díaz ha atribuido á su compañero Esteban Aragón la mejor parte de esta hazaña de muchacho:

« Un hombre llamado Esteban Aragón, valiente y muy enérgico, me había hablado en sentido revolucionario: sabía yo dónde vivía, lo mandé llamar y le propuse que se fuese conmigo á la revolución. Me contestó afirmativamente, pero que no tenía caballo; yo le dije que tenía dos sables, dos pares de pistolas y dos sillas, y que lo proveería de esos útiles. Salí á conseguir su caballo: cogió una de mis espadas, la ocultó debajo de su jorongo y se fué en dirección al río á donde llevan á tomar agua á los caballos de la parte Sur de la Ciudad; luego que vió un caballo se fué sobre el mozo que lo cuidaba amenazándolo con el sable; le quitó el caballo, se montó en pelo y se me presentó en la casa de Maldonado para que violentamente siguiéramos la marcha. Yo no comprendí el motivo de su prisa. Ensilamos nuestros caballos, y ya listos, acometimos la salida. Los policías á quienes se había dado orden de aprehenderme nos salieron al paso; pero me puse inmediatamente á la defen-

Porfirio pasó el Atoyac, vadeándolo, por el punto mismo por donde más tarde, siendo Gobernador, hizo construir el gran puente de machones de mampostería y cubierta de madera, transformado después. Luego siguió por Jojo y Zachila, torció, siempre acompañado de su bandido, rumbo á Peras, en dirección más instintiva que razonada hacia la montaña mixteca: el REGAZO!... Llega á Ejutla, y lo primero que hace es tocar á la puerta de un prócer del pueblo, un tal Pablo Lanza, para declararle que su compañero lleva un caballo robado. Lo entrega, obtiene otro á poco precio y siguen adelante á incorporarse con una partida de pronunciados contra Santa-Anna mandada por un cabecilla Herrera (1)... Indio rudísimo, Herrera acogió con simpatía al joven de aire decidido, que se le unía. Porfirio le expuso sus reminiscencias de la clase de Estrategia; le habló de « centro » y « alas », « movimientos de flanco » etc. El cabecilla, admirado, compartió con él el mando de la fuerza (2).

Era ésta una chusma como de doscientos y tantos hombres, mal armados, con los cuales lo más probable

siva... Aragón acometió con bastante brio y así salimos bien del encuentro. » (Mem.)

(1) « Caminamos todo el día siguiente; en la noche atravesábamos las poblaciones y así continuamos hasta llegar á la Mixteca, donde me encontré aquello revuelto, pues había proclamado la Revolución José María Herrera de Huajuapam. » (Mem.)

(2) « ... me fui haciendo dueño de la voluntad de Herrera: sabía yo más que él, porque había hecho estudios del arte de la guerra en una cátedra de Estrategia y Táctica creada por Don Benito Juárez, que daba en el Instituto el Teniente Coronel Don Ignacio Uriá. » (Mem.)

era marchar á la derrota... (1). No tardó ella en venir bajo forma singular: al encontrarse en la cañada de Teontongo con una fuerza gobiernista, atacadas las dos de pánico, en un combate de guerrilla, al fragor de los peñascos rodados de la cumbre, se dispersaron ambas, á pesar de la oposición denodada de los jefes. ¡ Ay de la estrategia en tierra mixteca! (2).

Porfirio echó por una vereda, recorrió á caballo una gran parte de la áspera sierra, se refugió una noche en Tlaxiaco en casa de su amigo el cura Márquez, al día siguiente en Chalcatongo y por último en Coanana, donde, en casa de otro cura amigo, Don Ignacio Cruz, permaneció unas cinco semanas. Allí, solo, libre de la

(1) « El pobre Herrera tenía poca gente y mala: indios monteros, casi desarmados, pues solamente estaban provistos de machetes y otros instrumentos de Agricultura. » (Mem.)

(2) « Dispuse que esperáramos en la cañada al Teniente Coronel Canaliza del 4.º de Caballería que venía á atacarnos con una columna de infantería y caballería (80 ó 400 caballos y 50 infantes). Esto era muy poca fuerza, pero la mitad habría bastado para hacernos pedazos si no hubiéramos contado con los grandes accidentes del terreno.... En un aguaje me pareció natural que los soldados se detendrían á beber agua. En efecto se detuvieron.... Habíamos alojado muchas piedras en el cerro disponiendo bajo ellas palancas para hacerlas rodar en un momento dado. Cuando los soldados estaban bebiendo agua, les hicimos una descarga y á la vez les cayó una avalancha de piedras.... Se dispersaron, y también se dispersó toda nuestra gente. — Este fue el primer combate en que me encontré.... » (Mem.)

(1) Yo no supe verdaderamente si había corrido antes de ser debido; pero recordaba que toda nuestra gente venía corriendo tras de mí y mucha adelante y que cada uno tomó el rumbo que pudo.... Más tarde, el cura Márquez me dijo que las fuerzas del Gobierno se habían dado por derrotadas... Fueron llegando heridos y dispersos del enemigo. » (Mem.)

compañía del bandido (1), pudo reposar lo bastante para prepararse á otras salidas.

De esta primera el estudiante legista había sacado dos enseñanzas útiles: la Derrota y las grandes jornadas á caballo.

(1) Cuando la intervención francesa, Esteban Aragón prestó servicios militares como jefe de guerrilla en el Estado de Oaxaca. Durante el sitio de Oaxaca llevó á Porfirio Díaz 400 hombres para la defensa, y él mismo se condujo honrosamente durante el sitio. — Después siguió operando con guerrilla en el Sur de Oaxaca contra franceses y traidores. Una noche en que estaba jugando baraja con un compañero de armas en un pueblo del Distrito de Jamiltepec, les sorprendió un contra-guerrillero Luna. Aragón, que no era hombre para rendirse como quiera, descargó sin resultado dos tiros de su pistola sobre Luna. Este, de un terrible machetazo suriano, hendió la cabeza del guerrillero — que murió así, bandido transfigurado en soldado patriota.